

CONSTELACIONES URBANAS

Jorge Calvimontes

En tu estirpe vive el tiempo repujando amaneceres y en los corpiños del alma que siembran las nueve lunas guarda el mar su harem de luces y sus ráfagas cautivas. Peregrina enamorada de relámpagos austeros eres la grieta, a veces, de agujeros trasnochados, la luciérnaga traviesa, el bajel ensimismado y los soles primitivos que no nacen todavía.

Del color del barro negro, saludado en las lloviznas, de la gris algarabía en las húmedas simientes, una borrachera tecnicolor bebe la roca del aguardiente y los cántaros de vino de las bodas de Canaan. Aquí la flor se enciende de sus cráteres dormidos, aquí los ojos ciegos de las vísceras comulgan, mientras tanto el agua escribe su epitafio en la locura.

Evocado arcón de cosas, memoria del pensamiento, tu magia es el misterio que destella y que se pierde cuando en la intangible seda de Marilyn Monroe se untan la caricia azul del viento y sus manos encogidas. Eres lo mismo el grito de la luz, el puño en alto; lo mismo el pan moreno, el tumulto o la palabra cuando el silencio aprende las consignas de la calle.

Eres la alquimia de la luz, complotando en cajas negras con el nitrato de plata, con el ácido muriático, el papel, el fuelle aire, al frente, del otro lado, chiflando “el pajarito”; ¡cuidado, ¡no te muevas! y, después, hacer el mundo apoyado en un caballete, metiéndote en la caja que te cubre una franela, dejándote el ojo chueco y el pescuezo acalambrado. Después habrán venido las cajitas “kodak” para tomar instantáneas o apurarse un paisajito cuando no algún retrato con todo y su retoque del bigote, las cejas y las pestañas o tal vez los lunaritos con lecheleche y tinta china en las mejillas de unas mocitas coquetas. Al final, con un cigarro, te dirás muy convencido:

Lunareja, lunareja,
Bien arrecha hasta de vieja...

Alquimia de la luz, fotografía, al mismo tiempo ufano afán del arribismo, de aquella ensoñación de alcanzar la inmortalidad. ¿Qué mejor invento que el de la fotografía? No sólo lo inmortal dudoso, sino también el lujo, la prestancia de los álbumes familiares, dejar la clase media, la pequeña burguesía, subir de arriba abajo aunque sólo fuera en el retrato o en el sepia de la sala con sus marcos repujados. Fotografía, alquimia de la luz ajada cuando los mendigos, los pobres irredentos, hicieron su lucha de

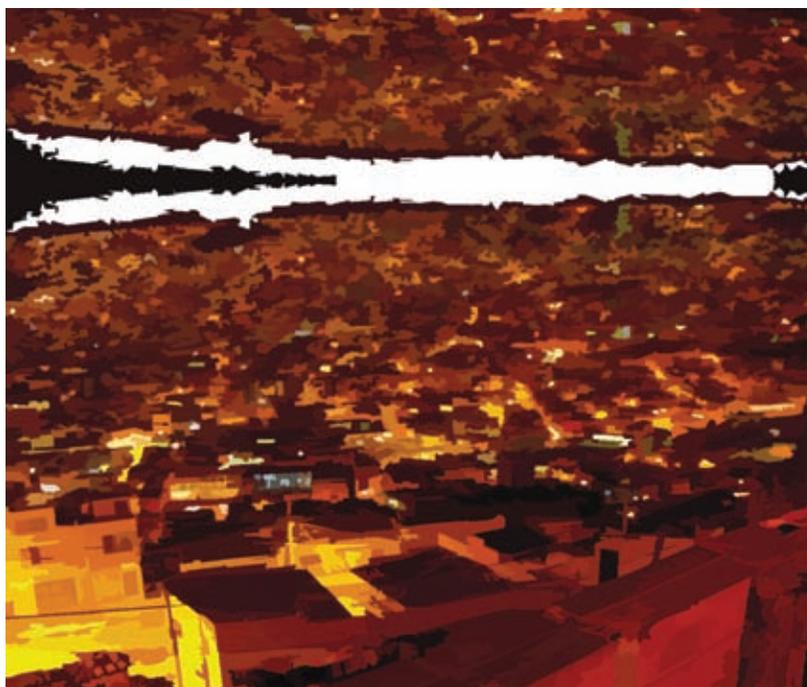
clases en los papeles mate o brillosos de la fotografía ambulante o en los estudios de salón o a domicilio. No lo olviden, la fotografía fue también discriminadora, tanto como organización de estancos sociales, muy especialmente en los sectores deprimidos, en la vejación de los humildes y cuando se la empleó para filiar prostitutas y marcar a los deseables.

Alquimia de la luz que encuentra la infinita edad del hombre en millones de años luz, navegando en los milenios, las trilladas caminatas del *big ban* y sus suspiros, el aire que sigue al aire y de nuevo se hace luz,

Pero yo quería hablar de otra alquimia luminosa, de aquella que mi amigo Francisco Bedregal Villanueva ha tenido la virtud de nominarla *Constelaciones Urbanas*. Ocurre así que lo que yo llamaba la alquimia de la luz ha venido a convertirse en una constelación que es siempre más profusa, confusa y difusa que la simple alquimia de la luz. En tu nombre vengo a verla, Francisco, constelada entre las ubres de su untada tolvanera, resbalada en las aristas de sus túrgidas cinturas; la veo salir constelada desde abajo y desde arriba, derramada a cada instante más allá del horizonte, más aquí del precipicio, de sus diagonales locas como penes confundidos lacerándose en las pelvis, llegan de pronto del cielo cargando la muchedumbre de crisálidas cohibidas y talladas sobre un túnel gigantesco de la vida.



Ellas son las nebulosas que se enroscan con el frío, el río de oro que lame los zapatos andrajosos o las agujas de vidrio taconeando en las estrellas, cabalgando rascacielos y aromándose de pinos. Tu soberbia arquitectura constelada en el adobe, los tabiques y el granito y tus alfanjes de lunas caminando en las ventanas. Constelaciones urbanas de naranja y de basalto, oquedades y relinchos de subidas y explanadas, es la esquina del derroche, de los callejones tibios y el clamor de tus mercados, la plaza que empuja arriba, la capilla abandonada y el mal del pan que apuran los aps de madrugada. Constelaciones urbanas, densa alquimia luminosa, no fue preciso que una torre de Babel te convocara, tu torre estaba aquí, en los portones del Ande, en tus víboras de piedra y en los oros del ensueño. Esta es la ciudad que veo, todo el tiempo abigarrada, la luz de todas partes redimida en otras luces. Se apagó de pronto el mito y cayó la hechicería, ahora el tiempo está en las manos de la luz que levantamos. En nuestra señora de La Paz, la alquimia de la luz construye el tiempo. 





pliegues de la ciudad
y su gente



Jorge Calvimontes y Calvimontes (Oruro, 1930). Escritor y periodista boliviano, fue exiliado en México, país donde reside desde hace varias décadas. Es profesor de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM. Sin tener publicado ningún libro fue merecedor de numerosas distinciones y premios por sus textos sobre estudios bolivianos aparecidos en diarios y revistas nacionales de Bolivia. Entre sus poemarios más conocidos se encuentran: *La fogata de San Juan* (1967) y *Esas tus manos Che* (1969).

Francisco Bedregal Villanueva. Arquitecto y urbanista boliviano, autor de varios libros. Reside actualmente en México, en donde es profesor de la UAM-Azcapotzalco. La muestra fotográfica que aquí presentamos, denominada “Constelaciones urbanas”, realizada en homenaje al Bicentenario de la Independencia de Bolivia del 16 de julio de 1809, estuvo expuesta en el salón Cosei de la Biblioteca de la UAM-Azcapotzalco, en la ciudad de México.